

EL PLEITO DEL EVOLUCIONISMO

E. MIRET MAGDALENA

SE ha celebrado en Madrid una Mesa Redonda en conmemoración del centenario de Darwin. El Aula Jovellanos fue la promotora, convocando a una serie de profesores españoles que desde el punto de vista de la biología, la neurología, la psicología y la paleontología aportaron una importante contribución al problema de la evolución de las especies y, en particular, a la del hombre. Sólo uno de ellos era eclesiástico —el jesuita Emiliano Aguirre—, que tiene más de científico que de miembro de esa clase clerical; y los otros eran seculares, que en el ambiente de esa Cátedra católica se manifestaron como creyentes y —al mismo tiempo— como convencidos evolucionistas. Creo interesante en esta conmemoración —por eso— hacer algunas reflexiones personales sobre las cuestiones allí planteadas.

Ciencia y religión

Algún lector creará que está sobrepasada la polémica religiosa en torno a la evolución. Y, en parte, es verdad: el cristianismo evolucionado culturalmente ya no suele plantear problemas de oposición entre la ciencia y la fe. Y los tiempos violentos del siglo XIX, en que Haeckel atacaba a las iglesias poniendo ante sus ojos las conclusiones laicas, agnósticas o ateas de un evolucionismo puramente horizontal, han pasado. O lo que hacía Le Dantec desde su cátedra de la Universidad de París años después, poniendo en solfa a la religión desde el punto de vista de la ciencia. Nadie plantea ya en esos términos la cuestión: el científico que no cree se abstiene, por lo general, de esgrimir su ciencia como una catapulta contra la creencia. Y el creyente acepta plenamente todo lo que la ciencia le dice, o lo que presenta al menos con fuertes probabilidades. La distensión era hasta hace poco casi total.

Sin embargo, no es fácil cantar del

todo victoria. Por el lado del agnosticismo o del ateísmo, el premio Nobel Jacques Monod rompió todavía una lanza hace pocos años contra toda trascendencia religiosa, basándose en una filosofía atea, que desprendía abusivamente de su concepto evolutivo del «azar y la necesidad». Estos dos factores bastaban —según él— para construir el proceso positivo de la evolución del mundo, sin encontrar para ellos ningún fundamento trascendente.

Y del lado de los creyentes surgen ahora algunos cristianos que no cejan en su oposición a la teoría evolucionista. Se basan fundamentalmente en una lectura ingenua y literalista —científica— por tanto de la Biblia. Y, para apoyar esta postura, publican trabajos y libros, dan conferencias y organizan coloquios, sacando a relucir todos aquellos datos científicos que ponen en duda algunos aspectos de las teorías existentes de la evolución —que no la evolución misma—; y los esgrimen como una catapulta contra toda explicación evolucionista de la vida, y —sobre todo— del hombre, de ese dudoso «homo sapiens» tan en crisis que somos los habitantes actuales del planeta Tierra.

Anti-evolucionistas

Yo poseo los trabajos publicados por el «*Institute for Creation Research*» de San Diego (California), que es una entidad formada por diversos científicos que se dedican en Norteamérica a buscar todas las razones científicas que pueden encontrar —por débiles que sean— para atacar las teorías actuales sobre la evolución. Ellos, en un salto inaceptable, transfieren su oposición no sólo a ciertos aspectos de las explicaciones hipotéticas de la evolución, sino a la realidad misma de este proceso. Y dan ese salto de gigante que no

es coonestable, ni filosófica ni científicamente.

Por supuesto que los principales promotores de esta oposición cerrada a la evolución son protestantes anglo-americanos, de corte integrista o fundamentalista, que —como he dicho— parten en el fondo de una lectura equivocada y anacrónica de la Biblia, y luego buscan y rebuscan toda suerte de argumentos contra la evolución, para justificar su convicción religiosa equivocada. Su error religioso es doble: identifican la ciencia con la fe, y quieren deducir conclusiones científicas de una lectura literal de la Biblia, cosa que no es legítimo hacer en un libro cuya misión no es humana, sino puramente religiosa, como inteligentemente señalaría en el principio del cristianismo San Agustín y confirmó 15 siglos después el Papa León XIII en su *Carta* sobre los estudios bíblicos, publicada a finales del siglo pasado. La otra equivocación es olvidar que la Biblia contiene, como es natural y como vehículo de transmisión de las ideas religiosas que pretende enseñar, la cultura de su tiempo y no se deben canonizar sus afirmaciones sobre el mundo físico o el mundo viviente, cuyo planteamiento hace 30 siglos era el propio de una mentalidad puramente pre-científica, como la de los hebreos que escribieron aquellos libros y —en particular— el más antiguo de ellos: el Génesis, donde se contiene una descripción popular religiosa del comienzo del mundo.

También rompen ahora una lanza contra toda evolución los *Testigos de Jehová*, que en 1967 publicaron —y difundieron por millones— un libro titulado «¿Llegó a existir el hombre por evolución o por creación?». En él se contiene un batiburrillo de referencias periodísticas, sacadas de revistas de información general y de publicaciones de divulgación científica, poniendo en cuestión algunos aspectos de las teorías evolutivas. Fueron recogidos todos estos datos de forma indiscriminada

en un haz apretado, que por eso parece tener algún valor de objeción, cuando en realidad son cosas sabidas por todos los científicos volucionistas, ya que conocen muy bien que sus explicaciones no son perfectas, si bien la realidad de la evolución es hoy un hecho biológico y psicológico, del cual proviene el importante desarrollo de estas ciencias en la actualidad; y sin el cual no hubiesen sido posibles los descubrimientos realizados gracias a la estructuración en estos últimos años de la biología, como biología evolutiva.

¿Regresión violenta?

El problema está ahí, aunque parece increíble. Vuelve la regresión a querer abrirse paso en este campo de la ciencia, por motivos religiosos que no son válidos. Podría incluso preguntarse si esto no será algo más profundo: y estaremos culturalmente ante un caso de «evolución regresiva», como la que biológicamente demostró el profesor Sauer hace unos años que existía en el proceso evolutivo de las especies vivientes.

Lo que sí está hoy en discusión —a veces apasionada— es el tema de la famosa «*struggle for life*» de la teoría dar-

winiana, tal como la interpretaron algunos seguidores suyos, después de leer su obra más difundida «*El origen de las especies*», que se publicó por primera vez en 1859. Generalmente no han leído su obra posterior «*The Descent of Man*», que en 1871 rectifica y aclara algunas de sus afirmaciones, demasiado someras o demasiado rápidas, de 12 años atrás. En esta obra «pone un fuerte acento en el principio de la cooperación», como afirma recientemente el antropólogo Ashley Montagu, en vez de centrarse en una

pretendida lucha asesina entre individuos, como motor del proceso evolutivo. En ella señalaba algo muy importante: que la lucha por la vida, más que enfrentamiento de unos seres vivos de la misma especie contra otros, era «el combate de las criaturas vivientes contra su medio, con vistas a la supervivencia y no a la lucha de individuo contra individuo, o del grupo contra el grupo».

Incluso la pretendida herencia de instintos asesinos, proclamada por el zoólogo Desmond Morris entre otros, se ha venido abajo el dudar de la influencia de la herencia en la construcción del hombre y de la sociedad. El famoso antropólogo Claude Lévi-Straus asegura que «en la sociedad humana todo, o casi todo, es adquirido». Y el premio Nobel François Jacob dice que «la parte de lo innato es muchísimo más débil en el caso del hombre».

No estamos fatalmente destinados a la guerra y a la violencia constantes, a pesar de la triste historia de la humanidad en determinadas épocas de su desarrollo. No caigamos en la tentación de simplificar las cuestiones, y no nos asustemos demasiado por la fuerte carga de violencia que hay en el mundo actual. Miremos desapasionadamente a lo que nos dice la ciencia del hombre, y meditemos las observaciones de dos grandes científicos: Morris Opler —y lo corrobora el antropólogo Kluckhohn— asegura que «la agresión, la competencia orgánica y la apelación a la fuerza física contaron evidentemente poco en el desarrollo del hombre y de sus precursores». La violencia no desarrolla la evolución, sino que la paraliza o la hace regresar a estadios inferiores. Y François Jacob observa también que «no es posible extrapolar ciertos resultados del animal al hombre, como hace por ejemplo Lorenz con la agresividad». La etiología es una trampa que simplifica demasiado el problema, no es real porque no explica los resortes específicos del ser humano. El hombre ha dado un salto cualitativo, respecto a sus antecesores los primates, como hace un siglo vio claramente un pensador nada sospechoso, Federico Engels, con su ley del paso de la cantidad a la calidad; por ella ha dado el hombre ese salto cualitativo, imposible de entender solo como una simple variación cuantitativa, y —por tanto— no resulta explicable su conducta solo por la conducta de un animal superior. ■

